

DENNIS LEHANE

Abrázame, oscuridad

UNA INVESTIGACIÓN DE KENZIE Y GENARO



Cuando los detectives Patrick Kenzie y Angela Gennaro aceptan proteger al hijo de una eminente psiquiatra de las posibles represalias de la mafia irlandesa, aparece crucificado el cadáver de una mujer. Recordando un caso similar ocurrido en el mismo barrio obrero de Dorchester, en Boston, Kenzie acude a un policía retirado que estuvo relacionado con la investigación. De aquel brutal crimen y de otros similares fue acusado un asesino en serie, que lleva desde entonces, veinte años, en la cárcel. ¿Acaso puede seguir matando?

Mientras intentan averiguar qué ser humano es capaz de mutilar, torturar y desmembrar tan cruelmente a un semejante, Kenzie y Gennaro descubren que las muertes están inquietantemente relacionadas con su propio pasado. Los acontecimientos se suceden cada vez más sangrientos, más aterradores, y los detectives trabajan contra reloj para capturar al asesino y no ser, como todo apunta, las siguientes víctimas.

Esta novela está dedicada a Mal Ellenburg y Sterling Watson por el millar de estupendas discusiones sobre la naturaleza de la astucia y la naturaleza de la bestia.

«Deberíamos estar agradecidos por no ver los horrores y la degradación que acompañan a nuestra infancia, en alacenas y estanterías, en todas partes».

GRAHAM GREENE, *El poder y la gloria*

De pequeño, mi padre me llevó a la azotea de un edificio que acababa de arder.

Me estaba enseñando el cuartel de bomberos cuando se produjo la llamada, lo que me llevó a sentarme a su lado en el asiento delantero del camión, excitado por la manera en que el vehículo giraba en las esquinas, doblándose por su parte trasera, mientras las sirenas aullaban y el humo, azul y negro, se alzaba por delante de nosotros.

Una hora después de dominar las llamas, cuando sus colegas ya me habían alborotado el pelo una docena de veces y se me había permitido atiborrarme de frankfurts mientras, sentado en la acera, les veía trabajar, apareció mi padre, me cogió de la mano y me condujo a la salida de incendios.

Mientras ascendíamos por la escalera, aceitosas espirales de humo se nos enredaban en el cabello y acariciaban los ladrillos, y a través de las ventanas rotas veía suelos calcinados y echados a perder. De los agujeros del techo caía agua sucia.

Ese edificio me daba pavor, y mi padre casi tuvo que sacarme a empujones a la azotea.

—Patrick —suspiró mientras caminábamos por el suelo recubierto de cartón alquitranado—. No pasa nada. ¿No lo ves?

Me asomé y vi esa ciudad de acero azul y amarillo que se extendía más allá del barrio. Podía oler el calor y el destrozo de allí abajo.

—¿No lo ves? —repitió mi padre—. Aquí estamos a salvo. Hemos detenido el fuego en los pisos bajos. Aquí no

nos puede alcanzar. Si cortas el fuego de raíz, no puede subir.

*Me pasó la mano por el pelo y me besó en la mejilla.
Y yo me eché a temblar.*

PRÓLOGO

Nochebuena, 18:15

Hace tres días, en el transcurso de la primera noche oficial del invierno, un tío con el que crecí, Eddie Brewer, fue una de las cuatro personas a las que tirotearon en un colmado. El motivo no fue el robo. El autor de los disparos, James Fahey, se había separado recientemente de su novia, Laura Stiles, que trabajaba de cajera en el establecimiento, en el turno de cuatro a doce. A las once y cuarto, mientras Eddie Brewer llenaba de hielo y Sprite un vaso de poliuretano, James Fahey atravesó el umbral y disparó a Laura Stiles: una vez en la cara y dos en el corazón.

Luego le disparó a Eddie Brewer en la cabeza y se encaminó al pasillo de los alimentos congelados, donde se topó, concretamente en la sección de lácteos, con una pareja de ancianos vietnamitas. Cada uno de ellos se llevó dos balazos. Acto seguido, James Fahey decidió que ya había cumplido con su deber.

Se dirigió hacia su coche, se sentó al volante y enganchó con cinta adhesiva en el retrovisor la orden de alejamiento que Laura Stiles y su familia habían logrado que se dictara contra él. Luego se envolvió la cabeza con uno de los sujetadores de Laura, echó un trago de Jack Daniel's y se disparó un tiro en la boca.

James Fahey y Laura Stiles murieron en el acto. El anciano vietnamita falleció de camino al hospital Carney, y su mujer le siguió unas horas después. Pero Eddie Brewer quedó en coma y, aunque los médicos dicen que su pro-

nóstico no es muy halagüeño, también reconocen que el hecho de que continúe existiendo es prácticamente un milagro.

En la prensa se ha concedido mucha importancia a esas palabras porque Eddie Brewer, aunque cuando éramos pequeños a mí nunca me pareció un santo, es sacerdote. La noche en que le dispararon había salido a correr e iba en chándal, así que Fahey no pudo ser consciente de que se trataba de un religioso, aunque dudo mucho que eso le hubiera importado gran cosa. Pero la prensa, mezclando la nostalgia religiosa tan propia de estos días del año con un elemento nuevo en un incidente viejo, le ha sacado todo el jugo posible a la cuestión del sacerdocio.

Comentaristas televisivos y columnistas de prensa han querido ver en un tiroteo banal las señales del Apocalipsis. Se han organizado vigilias de veinticuatro horas en la parroquia de Eddie en Lower Mills y a la entrada del hospital Carney. Eddie Brewer, un clérigo anónimo y una persona de lo más vulgar, está a punto de convertirse en mártir, tanto si sobrevive como si no.

Nada de eso guarda la más mínima relación con la pesadilla que se abatió sobre mi vida y la de otras personas de esta ciudad hace dos meses, una pesadilla que me dejó unas heridas que, según los médicos, se han curado todo lo bien que cabía esperar, aunque mi mano derecha aún tiene que recuperar la mayor parte de su sensibilidad y las cicatrices del rostro me arden a veces bajo la barba que me he dejado crecer. No, ni el cura al que dispararon, ni el asesino en serie que se coló en mi vida, ni la última «limpieza étnica» perpetrada en una antigua república soviética, ni el hombre que voló una clínica abortiva no muy lejos de aquí, ni el otro asesino en serie que se ha cargado ya a diez personas en Utah y aún no ha sido atrapado... nada de esto está relacionado con ello.

Pero a veces *parece* que sí lo está, que en alguna parte hay un hilo que une todos esos acontecimientos, todos

esos actos violentos arbitrarios y sin explicación, y que si pudiéramos localizar el origen de ese hilo y tirar de él tal vez podríamos sacarlo todo a la luz y verle la lógica.

Me dejé crecer la barba el día de Acción de Gracias. Es la primera barba de mi vida, y mientras me la peino cada mañana en el espejo, no deja de sorprenderme, como si pasara las noches soñando con un rostro suave y sin cicatrices, con una carne tan suave como la de un bebé, con una piel a la que sólo rozan el aire limpio y las caricias de una madre.

La oficina —Kenzie/Gennaro, Investigaciones— está cerrada, supongo que acumulando polvo. Puede que haya una telaraña en una esquina de mi escritorio. Y otra en el de Angie. Angie lleva ausente desde finales de noviembre y yo trato de no pensar en ella. O en Grace Cole. O en la hija de Grace, Mae. O en nada en particular.

Al otro lado de la calle, la misa ha terminado, y como hace un tiempo inusualmente cálido para la estación —algo menos de diez grados, aunque ya hace hora y media que se ha puesto el sol—, la mayoría de los feligreses deambula por el exterior: sus voces suenan con claridad en el aire nocturno mientras se desean mutuamente buena suerte y felices vacaciones. Comentan lo raro que está el clima, lo errático que ha sido durante todo el año, lo frío que fue el verano y que el otoño fue caluroso un día y gélido y desagradable el siguiente, y que nadie debería sorprenderse si la mañana de Navidad traía el viento de Santa Ana y ofrecía una temperatura superior a los veinte grados.

Alguien menciona a Eddie Brewer, y todos comentan el caso unos momentos, pero muy brevemente, y a mí me da la impresión de que no quieren estropear su ánimo festivo. Pero hay que ver, dicen, en qué mundo tan enfermo y loco vivimos. Loco, dicen, ésa es la palabra adecuada para describirlo, loco, loco, loco.

Últimamente, paso la mayor parte del tiempo aquí sentado. Desde el porche puedo ver a la gente y, aunque a

menudo hace fresco, sus voces me mantienen en mi sitio mientras la mano mala se agarrota de frío y me castañetean los dientes.

Por las mañanas, me traigo el café aquí fuera, me siento a que me dé el aire y miro a través de la avenida hacia el patio de la escuela, contemplando a los críos de corbata azul y pantalones a juego y a las niñas de faldita a cuadros y pasador en la cabeza. Corren de un extremo a otro del patio. Sus chillidos repentinos, sus movimientos inesperados y su inagotable provisión de energía frenética pueden resultar agotadores o vigorizantes, depende del humor en que me encuentre. Cuando tengo un mal día, esos chillidos me recorren la espina dorsal como si fueran cristales rotos. Cuando tengo un buen día, por el contrario, siento la intuición de algo que puede ser un recuerdo de lo que significaba sentirse en estado de plenitud, cuando un acto tan sencillo como respirar no dolía.

El tema, escribió él, es el dolor. Cuánto acumulo, cuánto esquivo.

Llegó durante el otoño más cálido y errático del que se tenía memoria, cuando el tiempo parecía haberse alejado por completo de su ritmo habitual, cuando parecía que todo estaba patas arriba y que pudieras ver estrellas y constelaciones en el fondo de un agujero del suelo y levantar la cabeza hacia el cielo y ver la tierra y los árboles suspendidos en el aire. Como si él hubiera agarrado con los dedos el globo terráqueo, lo hubiese agitado y el mundo —o, por lo menos, mi parte de él— se hubiera dado la vuelta.

A veces aparecen Bubba, Richie, Devin u Oscar, se sientan conmigo y charlamos de deportes o de las últimas películas estrenadas. No hablamos del pasado otoño ni de Grace o Mae. No hablamos de Angie. Y nunca hablamos de él. El daño ya está hecho y no hay nada que añadir.

El tema, escribió él, es el dolor.

Esas palabras —escritas en una hoja de papel para fotocopias de veinte centímetros por treinta— me obsesionan.

A veces, esas palabras tan simples parecen haber sido grabadas en piedra.

1

Angie y yo estábamos en nuestro despacho del campanario, intentando arreglar el aire acondicionado, cuando llamó Eric Gault.

Por regla general, en Nueva Inglaterra, a mediados de octubre, el aire acondicionado no debería ser un problema. Que se estropeará la calefacción sí lo sería. Pero resulta que no estábamos en un otoño normal. A las dos de la tarde, la temperatura superaba los veinticinco grados y los cristales de las ventanas aún reflejaban la humedad veraniega.

—Tal vez deberíamos llamar a alguien —dijo Angie.

Le di un golpecito al aparato de al lado de la ventana y lo volví a encender. Nada.

—Tiene que ser la correa —afirmé.

—Eso es lo mismo que dices cuando se estropea el coche.

—Hum... —miré fijamente el trasto durante veinte segundos, pero no se dio por aludido y siguió en silencio.

—Insúltale —propuso Angie—. Igual funciona.

Clavé en ella mi severa mirada y obtuve una reacción similar a la del aparato de aire acondicionado. Puede que necesite mejorar las miradas severas.

Sonó el teléfono y descolgué confiando en que quien llamara supiese algo de mecánica, pero me tuve que conformar con Eric Gault.

Eric daba clases de criminología en la Universidad de Bryce. Nos conocimos cuando él todavía era profesor en la

Universidad de Massachusetts y yo me apunté a un par de clases tuyas.

—¿Sabes arreglar aparatos de aire acondicionado? —le pregunté.

—¿Has probado a desenchufarlo y volverlo a enchufar? —contestó.

—Sí.

—¿Y no ha pasado nada?

—No.

—Dale un par de golpes.

—Ya lo he hecho.

—Pues llama a un técnico.

—Eres de gran ayuda, ¿sabes?

—¿Todavía tienes el despacho en el campanario, Patrick?

—Sí. ¿Por qué?

—Pues porque tengo para ti una posible cliente.

—Estupendo. Tráela.

—¿Al campanario?

—Claro.

—Le dije que me gustaría que te contratara.

Eché un vistazo a la diminuta oficina.

—Un poco más de entusiasmo, Eric.

—¿Puedes pasarte por Lewis Wharf, a eso de las nueve de la mañana?

—Supongo que sí. ¿Cómo se llama tu amiga?

—Diandra Warren.

—¿Y qué le pasa?

—Preferiría que fuera ella quien te lo explicara directamente.

—Vale.

—Nos vemos mañana.

—Hasta entonces.

Me dispuse a colgar.

—Patrick...

—¿Sí?

—¿Tienes una hermana pequeña llamada Moira?

—No. Lo que tengo es una hermana mayor que se llama Erin.

—Oh.

—¿Por qué?

—Por nada. Mañana hablamos.

—Pues hasta entonces.

Colgué, contemplé el aparato de aire acondicionado, luego a Angie, volví a mirar el chisme y acabé llamando a un técnico.

Diandra Warren vivía en un quinto piso de Lewis Wharf, en un loft.

Disfrutaba de una vista panorámica del puerto, gracias a unos enormes ventanales que bañaban el extremo oriental del loft con una suave luz matutina, y parecía la clase de mujer que nunca ha echado nada de menos en esta vida.

El cabello, de color melocotón, le caía sobre la frente en una grácil curva y adoptaba el peinado de paje a los lados. La camisa de seda oscura y los tejanos claros que llevaba parecían nuevos, y los huesos del rostro daban la impresión de haber sido cincelados bajo una piel tan dorada y sin mácula que a mí me recordaba el agua de un cáliz.

Abrió la puerta y dijo:

—Señor Kenzie, señorita Gennaro... —Su voz era un suspiro suave y comprensivo, uno de esos suspiros en los que uno, si lo necesita, puede apoyarse—. Pasen, por favor.

El loft estaba elegantemente amueblado. El sofá y los sillones de la sala de estar eran de color crema y hacían juego con la madera clara escandinava del mobiliario de la cocina y los discretos tonos rojos y marrones de las alfombras, persas e indias americanas, colocadas estratégicamente sobre el parqué. La tonalidad del mobiliario le confería al lugar un aire de calidez, pero su funcionalidad casi espartana sugería que la propietaria no era una persona dada a gestos espontáneos o arrebatos sentimentales.

Junto a los ventanales con vistas a la bahía, la pared de ladrillo visto estaba ocupada por una cama de metal, una cómoda de madera de castaño, tres archivadores y un escritorio modelo gobernador Winthrop. No vi por ningún lado ni armarios ni ropa colgada. Puede que cada día se materializara allí todo un vestuario nuevo que la estuviera esperando, convenientemente planchado, cuando ella saliera de la ducha.

Nos llevó hasta la zona ocupada por la sala de estar, y nos sentamos en los sillones mientras ella se instalaba en el sofá con aire dubitativo. Entre nosotros había una mesita de centro de cristal ahumado con un sobre de papel manila en el centro y un pesado cenicero junto a un encendedor antiguo a la izquierda.

Diandra Warren nos sonrió.

Le devolvimos la sonrisa. En este negocio hay que ser rápido a la hora de improvisar.

Abrió los ojos un poco más y la sonrisa se quedó en su sitio. Puede que estuviera esperando que nos pusiéramos a cantar nuestras propias alabanzas, o que le enseñáramos las pistolas y le informáramos del número de desgraciados a los que nos habíamos cargado desde la salida del sol.

A Angie se le fue borrando la sonrisa de la cara, pero yo conseguí conservar la mía durante unos segundos más. Eso es lo que hace el detective optimista y positivo para que sus potenciales clientes se sientan cómodos. Patrick *Simpático* Kenzie, a su servicio.

—No sé muy bien por dónde empezar —dijo Diandra Warren.

—Eric dijo que tal vez pudiéramos ayudarla —comentó Angie.

Diandra asintió y sus pupilas de avellana parecieron fragmentarse por un momento, como si se hubiera soltado algo por ahí en medio. Frunció los labios, se miró las finas manos y, mientras empezaba a levantar la cabeza, se abrió la puerta del apartamento y apareció Eric. Llevaba el cabe-